

Las políticas de los zapallos

Abel lleva años ocupando el precipicio que separa su casa de una de las más congestionadas autopistas de Los Ángeles. Con bloques de hormigón y tablas ha construido un huerto de bancales en el que cultiva boniatos, duraznos, guayabos, higos, malvarrosa, pimientos, patatas, tomates y zapallos. Ninguno de sus vecinos de Silver Lake se ha atrevido a ocupar los precipicios y muy pocos han interrumpido su pradera de césped Brilliant para instalar un huerto como el suyo.

Abel nació en Colonia, Uruguay. Él y sus hermanos pasaban las tardes cuidando los melocotoneros y los boniatos de la granja familiar. Todo cambió con las transformaciones territoriales y las políticas que sacudieron Uruguay a partir de los cincuenta. En el 68, en el momento en que en los universitarios ocupaban las calles, Abel se implicaba en un proyecto igualmente político: se establecía como trabajador ilegal en Estados Unidos. Hace unos meses volvió a Colonia, no estaban ya los árboles, ni las casas; solo enormes extensiones de soja. Cada mañana Abel chatea por Skype con dos de sus hermanos que ahora viven en Miranda y en la isla de Margarita. Los dos tienen huertos. Intercambian fotos de sus cultivos y se envían por correo semillas de las cosechas excepcionales.

Los bancales de bloques y tablas pueden parecerle cutres, pero han sido capaces de resistirse a algunas de las dictaduras e imposiciones corporativas que atraviesa el mundo. Las personas y las cosas que construyen lo urbano viajan, evolucionan y se reconectan por medio de dispositivos tan sencillos y tan complejos como las conversaciones *online* o los sobres con semillas. En mi opinión, estas son las ciudades que vale la pena conocer en estos momentos, pero hay que estar atentos, porque es muy fácil perderselas.

Andrés Jaque

